

Cómo se debe gobernar

Para gobernar se necesitan hombres identificados en ideas y en procedimientos con las aspiraciones del pueblo y con los verdaderos intereses del país en que deben inspirarse, y al que deben servir.

La falsa teoría de las escuelas doctrinarias ha elevado poco menos que á axioma político el falso principio de que gobernar es transigir, en términos tan absolutos, que ya no sólo se practica por los gobiernos, sino que los mismos hombres de la oposición le preconizan como único salvador; y así se ven hombres de condiciones distintas, de ideas contradictorias, que pretenden representar aspiraciones radicalmente contrarias, que se ponen al habla y procuran conciertos para sustituir á los que actualmente dominan, rebasando ya los límites de la prudencia, y ofendiendo á la mansedumbre del pueblo.

El contagio ha hecho tanto camino, que ya son muy pocos los que no están infestados de esa falsa teoría, de ese desdichado concepto de gobierno; vencedores y vencidos, amigos distanciados, enemigos jurados y eternos, se aproximan como si, porque ellos se junten, podrán nunca confundirse las ideas contrarias y merecer la confianza del pueblo. Quieren fundar un estado democrático con principios absolutistas y con privilegios monárquicos, como si fuera posible que un pueblo que clama por la libertad en todas sus manifestaciones, pudiese soportar el yugo fraterno y clerical, y transigir con que impere la institución y la forma permanente; pero el que unos cuantos personajes que vienen turnando como señores y dueños absolutos en el reparto de España con la condescendencia de otros, tiene muy lógica explicación.

No les importan nada los intereses de la Nación. Los intereses de la mayoría de los ciudadanos les tienen perfectamente sin cuidado. Los principios de libertad los miran con desprecio, con tal que se repitan muchos principios en sus bien surtidas mezas.

Han recibido la categoría de personajes y se han constituido en asociación secreta con admirable tacto de codos, repartiéndose admirablemente bien los papeles en esta eterna farsa de la política española.

Y creedlo, tienen miedo de perder las prebendas, porque aunque, valen mucho y tienen mucho talento y mucha habilidad, en la inmensa mayoría no valen más que lo que ellos se han dicho en los reclamos de la gran prensa, y la propaganda de sus dotes y excepcionales talentos, hecha por sus amigos y paniaguados. Hay muchísimos hombres en España de mayor y más sólida instrucción, de más positiva cultura y de talentos superiores á esos doctores Garrido que por todas partes van elogiando sus específicos.

De corazón tampoco andan muy allá, y esto ya tendrá ocasión de apreciarlo el pueblo cuando llegue la gran hora de su decisión, viéndoles cómo huyen despavoridos y solos, ó cómo demandan clemencia con todo género de humillaciones.

Hoy mandan y se dan tono porque cuentan con la impunidad, y gobiernan y se hacen la oposición convenida y de compadres, porque el fuerte, el verdadero señor, no se ha decidido á cortarles el paso en su camino.

Hagamos el esfuerzo supremo, decidámonos á tomar la débil fortaleza que sólo nuestra pereza sostiene, y hombres y sistema caerán al primer golpe.

Se necesita un Gobierno de ideas que no transija en principios, y que grandes atrevimientos demuestre, que todo se puede hacer en beneficio del pueblo y que todo se debe hacer sin componendas ni transacciones criminales. Un Gobierno de opinión, de energía, que no se asuste ante las más radicales transformaciones y que mande al lugar de los trastos viejos é inservibles á todos esos infatuados y atufados personajes, que cada uno de ellos vale menos que el más modesto ciudadano.

Se necesita un Gobierno fuerte por sus ideas de verdadero progreso, y por su corazón para romper de una vez con todos los convencionalismos y destruir todo, pero todo lo viejo, sin temor á nada ni á nadie.

Nota del día

Un zapatero de El Ferrol, vestido con ropa de mogiganga, resuelto, zumbón y dicharachero, ha recorrido las calles de la culta ciudad gallega, cubriendo su melena, ó su calvicie, con un sombrero de copa de la guardarropa callejera, y en él un letrero que decía:—¡Viva el rey!

La policía lo aprehendió.
Y la policía habrá tenido que ponerlo en libertad, porque el delito de entusiasmo chavacano no está previsto en el Código.

Aun á mí—que soy republicano por idiosincrasia natural, sin ulteriores miras á gajes ó preeminencias que ni quiero ni merezco—aun á mí me ha disgustado ese acto ridículo ocurrido en una ciudad española.... porque al fin—¡por lo que sea, que yo soy el primero en deplorarlo!—el rey, chico ó grande, experto ó inocente, lleva la representación de España. No discuto por qué, ¡pero la lleva!

Y la representación de España puede ser arrojada por maléfica, ó por liviana, ó porque traspase los límites de sus deberes, ¡pero no debe de ponerse en ridículo, siquiera sea por honor de la nación misma, de los por ella representados!

¡Así!... Aquí hay un republicano á quien le repugna que un zapatero gallego, cuerdo ó loco, se entusiasme por una propina, y diga—¡Viva el rey!—haciendo reír.

Pero ¡ay! que la consecuencia es lógica.
No es ese pobre zapatero de El Ferrol el que pone en ridículo á la Nación española en la persona de su primer representante.

Es ese otro zapatero llamado Sivila, quien, vestido de mogiganga—porque su ropa de primer ministro le está muy grande—va por esas tierras y por esos mares diciendo:—¡Viva el fausto y la opulencia y el rey!—en tanto las ciudades industriosas se ven amenazadas de un paro general, y el hambre y la rabia van royendo el cuerpo de la Nación.

Y á ese zapatero, ¿no hay policía que lo aprehenda?...
J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Ayer no nos visitó el juez de guardia.
¡Loado sea Dios!

La denuncia grande me la voy yo á ganar este invierno, si Dios me da salud, los fiscales me dejan en paz y el buen humor me ayuda.

Y me la voy á ganar porque estoy planeando una piececita cómica, para que me la estrenen en el teatro del Duque, titulada *La tarifa 3.^a*.
Todavía no sé si Servando Carbón se atreverá, ponerla en escena con toda la indumentaria y todos los requilorios que se necesitan, pero como dicho actor es muy partidario de todos los estrenos, creo que no me pondrá dificultad alguna.

Porque, con la obra, le voy á dar un alcalde para que lo *estrene*... escénicamente hablando.
Por cierto que, para representar con propiedad al tal alcalde, va á tener que gastar un dineral en polvos de arroz.

Ya sé yo que corro peligro de muerte al llevar á la escena española sevillana *La tarifa 3.^a*, bien entendido que los ganapanes que de ella comen han de llevarse los bolsillos llenos de patatas....

Pero... ya le diré á la Empresa, y á Carbón, que pongan en el cartel la siguiente

NOTA.—La obra que vamos á tener el gusto de estrenar esta noche es enteramente original del popularísimo, queridísimo é ilustradísimo escritor sevillano que se firma Carrasquilla, quien, por motivos de orden público, y atendiendo á las observaciones que ha hecho el Sr. Gobernador de la provincia, no se enseñará en el tablado. Si acaso, se enseñará, decentemente vestido, como los suicidas de moda, allí donde lo conviden á comer.

En la calle del Lagar hay una casa de... Higiene, que quiere decir que es casa en la que entra el que quiere, paga, si tiene dinero, y se va decentemente. No tienen nada de extraño estas cosas que suceden....

Pero dicen los vecinos que allá, á la hora que duermen, suenan gritos y cantares y palabras que no deben salir de puertas adentro, porque se asusta la gente.
Señor Cuesta: De las órdenes que crea más convenientes para que honrados vecinos puedan, sin enrojecerse, asomarse á los balcones y dormir tranquilamente...
¡Higiene... pero no tanta, que ya carga tanta Higiene!

Habla un personaje conservador:

«Para que todo sea singular en esta nueva política inaugurada, hasta ahora con lamentable éxito, por el Sr. Silvela, la corona ha podido apreciar en su viaje la *impopularidad* del gobierno y los gérmenes de malestar y de disgusto sembrados por él; unos que afectan al trabajo nacional, otros que lastiman á la misma integridad de la patria; en unos puntos *las masas familiares* á quien ha quitado el pan un decreto ministerial; en otros el *separatismo* que amenaza á la unidad nacional; aquí *alcaldes que se niegan* á elevar arcos de triunfo; allá muchedumbres que, en vez de gritos jubilosos *lanzan rugidos de ira*; en el mar, los marinos que expulsan á los periodistas de sus naves; en tierra, un auditorio burgués de invitados que *rompe en un franco pateo* contra el jefe del Gobierno.»

Y Silvela... ¡tan almirante!
Y Dato... con su prendería de alquiler.
Y los demás ministros... cobrando.

Y es tan verdad lo que dice ese personaje conservador, y tan ridículo está resultando el viaje regio por las costas del Norte, que voy á trasladar aquí, en prueba de veracidad, lo que dice un importante diario de El Ferrol, *El Clamor Público*, en una de sus noticias locales:

«Ayer fué encerrado en la prevención municipal el maestro de obra prima conocido por *Pitón Catamina*, porque, vestido de levita y chistera, llevaba en ésta un rótulo que decía *¡Viva el rey!*»

Algún gracioso tuvo el buen humor de facilitarle la indumentaria.»

Después de todo esto, hay que convenir que el pueblo español es esencialmente monárquico.

Aunque no debe ser esencialmente, porque *Pitón Catamina* es zapatero.

En realidad debe decirse:
España es un país zapateramente monárquico.
¡Así salen todas las leyes!
Con tapas y medias suelas.

Hablando de lo que es actualmente la Iglesia católica española, escribe un católico de buena fué:

«El sensualismo más refinado va apoderándose del altar y del púlpito. En los templos de las poblaciones en que principalmente reina el convencionalismo, imágenes sen-ibleras, cintajos y avalorios, espejuelos y chirimbolos llenan las naves: música sensual de gorgoros y gorjeos de fugas y de falsetes y pianos, de trémolos y *crescendos*, de tiples y barítonos; perfumes de benjuí y estoraque; no bastan el incienso y el tomillo y la hierba buena: hace falta el agua de colonia y los perfumes de botica; gruesos felpudos en el suelo, tapices y damascos en las paredes; arañas de cristal y millares de luces; la concurrencia cargada de afeites, dejando rastro de almizcle las mujeres y planchados los varones.»

Y cuando todo parece estar dispuesto para una bacanal psíquica en que todo habla á los sentidos y nada al espíritu, todo respira molice y nada religión, subirá al púlpito el orador, hablandonos, en lenguaje florido, de *corazones que palpitan, de pechos que se abrasan, de labios sonrosados, de miradas de fuego, de abrazos inefables, de amor eterno, de delirios, de pasmos, de suspiros, de bodas, de arrobamientos, de transportes, de sueños plácidos*... digámoslo de una vez para vergüenza del pietismo moderno: de una verdadera saturación en que los cuerpos están inmóviles, pero los espíritus se agitan, se revuelven, se abrazan, se besan y se entregan á una voluptuosidad que, no por ser menos grosera, deja de ser menos perjudicial.»

Así salen las pobres beatas de los templos...
¡Con unas ojeras!...
Sabe nadie lo que se sufre oyendo hablar del *verbis triqui*, ¡y sin poder catarlo honesta y dignamente!

Hoy nos cuenta *El Porvenir* que en los Estados Unidos, y en un baile aristocrático,

los señores más conspicuos, y las señoras conspicuas, todos á la vez, han ido cubiertos de telas finas, abominando el abrigo, y enseñando cultamente sus formas y sus hechizos...
Bueno, ¿y qué? Aquí en España ¿no hacen acaso lo mismo, y hay señora aristocrática que va enseñando el ombligo? ¿Qué extraño que las imiten en los Estados Unidos?

El Museo Arqueológico de Barcelona ha sido robado.

Pero todo el Museo, no; sino los objetos siguientes:

«Una de las figuras del frontal de San Antonio de los Silos, que representa uno de los apóstoles, con cabeza en relieve y busto esmaltado en colores.

Una arqueta de marfil, estilo mudejar, labrada en relieve, representando la fábula del bien y del mal.

Otra arqueta de cobre, esmaltada en colores, estilo bizantino, que data del siglo XI.

Otra con inscripciones de marfil y madera en bajo relieve.»

Total: 100,000 pesetas.
Menos me robarían á mí, si me robaran.
Porque á mí capital le sobran todos los cerros de la derecha.

Bueno: esto ha sucedido en Burgos.

Si robaran el Museo Arqueológico Municipal de Sevilla, serían robados los objetos siguientes:

Una reja de ventana, por la que se descolgó Quinto Curcio cuando vino á Sevilla á expurgarse.

Un ladrillo romano que perteneció á la cloaca por donde desaguan todos los malos humores de los habitantes de la antigua Itálica.

Un pergamino escrito, que vale mucho y que dice la mar de cosas, pero que nadie las entiende.

El primer mosqueito inservible que se puso á la venta en *el Jueves*, y que, el que lo compró, en vez de tirarlo, lo regaló al Museo Arqueológico para que el Ayuntamiento le diera un voto de gracias por la módica cantidad de ocho cuartos que le costó cuando hizo la compra.

Una boquilla para puros de diez céntimos del concejal perijéu Canavachuelo.

Una olla de barro colorado, primera que sirvió para hacer la olla podrida y la olla gorda en la antigua posada del Zapatillo, en donde estuvo alojado Julio César, que era—según dice Blasco Ibañez—uno de los may res sinvergüenzas de la tierra, y un *quebrado semanas antes de mandar ejércitos*.—Por cierto que, si esto fué verdad, tenía Julio César mucho parecido con otros que no han llegado, ni con mucho, á ser Julio César, sino que se han quedado sólo en Julio.

El primer parche que se puso sobre grano maligno por el ilustre doctor Gallardo, eminencia médica sevillana, antecesor del ilustradísimo médico Gallardo que actualmente *socorrea* á los pobres sin cobrar un céntimo.

Etcétera, etcétera, etcétera.

Total: 2'50 pesetas, todo bien vendido.

¡Aviado está el que se atreva á robarnos nuestro Museo Arqueológico Municipal!

CARRASQUILLA.

Desde París

Correspondencia particular de EL BALUARTE, por su redactor Adolfo Vasseur.

XX

Aquí crece cada día el odio hacia los ingleses. La prensa de casi todos los matices habla en términos tan duros de los invasores del Transvaal, que no se comprende la dosis de *aguante* de los diplomáticos británicos.

Hé aquí una muestra de lo que dice *Le Patrie*:

«Se pudo decir antaño:—Cada hombre tiene dos patrias: la suya primeramente, y Francia después.—Era verdad. Cuando Francia, esperanza suprema de los oprimidos del mundo entero, no se contentaba con proclamar los derechos del hombre en pequeños *clubs* alumbrados por lamparillas, pero que el evangelio republicano de nuestros abuelos se esparcía á mandoblazos sobre los tiranos de la superficie de la tierra.

Suponed por un momento que la guerra del Transvaal hubiese estallado en el tiempo en que la gloriosa Revolución dirigía á las naciones llamamientos de emancipación. Suponed que el relato de las atrocidades del ejército inglés en el Africa del Sur hubiese sido leído por un diputado de la *Montaña* á la tribuna de la *Convencion*. Entonces se hubiera oído rugir una tempestad de indignación. El jefe de los bandidos que deshonran la humanidad, hubiese sido calificado de asesino.

Un grito de odio se hubiera oído en todos

los confines de este país. Hans Cordua, la gloriosa víctima, hubiera sido colocado en el número de los héroes dignos del culto de los patriotas, y los representantes del pueblo se hubieran declarado heridos por ese asesinato. Nuestro silencio es escandaloso ante el crimen inglés. El verdugo de Cordua pertenecía al país de donde salieron ríos de fango que se vertieron sobre los uniformes de los oficiales franceses. Ese bruto de Roberts, es el paisano de Conybeare.....

Tal es el espíritu que anima á los nietos de los gigantes del 92. Si Pitt viviera, esos pigmeos se achicarían ante él: hoy se arrastran ante Chamberlain.

Maldita ironía del destino que puso la suerte de Inglaterra entre nuestras manos en el momento en que teníamos un gobierno débil. Un movimiento de Francia hubiese bastado para volcar al coloso con piés de arcilla. Algunos millares de valientes campesinos han probado cuán débil y frágil es esa nación tan afamada.

Así habla la mayor parte de la prensa, y es de temer que, dentro de poco, la mala fe con que obra la pérfida Albión en los asuntos de China y mil otras causas, tengan como consecuencia una ruptura de hostilidades entre los dos países. En toda Francia los armamentos siguen con actividad extraordinaria. Les tendré al corriente de lo que ocurra.

París 1.º Septiembre de 1900.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

Patricios y plebeyos

La plebe no existe, leemos en un periódico. Los españoles todos tienen abierto el paso al poder y la fortuna. Iguales son ante la ley y los tribunales de justicia.

¿No hay pobres y ricos? Ricos nacen los unos y pobres los otros. De los que nacen pobres cuán pocos llegan á salir de su pobreza. Viven la vida entera trabajando y penando, y mueren en el Hospital ó el Hospicio como no tengan hijos que puedan sustentarlos. De mil, uno llega á vencer su malhadada suerte.

Nada hace la ley por corregir esa desigualdad irritante. Con sus derechos de sucesión, ya testada, ya legítima, mantiene la riqueza en las familias afortunadas y aun la acumula. Después de haber suprimido los mayorazgos ha respetado los fideicomisos, generalizado el fuero de troncalidad y anulado las donaciones inoficiosas. ¿Tienen otro objeto los límites puestos á la libertad de disponer de los bienes por testamento?

Da la ley á todos los menores de edad, huérfanos de padre y madre, un tutor, un protutor y un consejo de familia. ¿Tiene esto aplicación, más que á los que algo heredan? Tutor, protutor y consejo de familia, huelgan para los desheredados. Nadie cuida de nombrárselos.

De los Códigos, sólo el penal es aplicable por entero á los pobres. De los civiles, apenas más que los artículos que se refieren al contrato de servicios y obras. También, por su desgracia, los relativos á los desahucios, cada vez más estrechos y rigurosos.

¿Qué gasta el Estado en los pobres? Casi nada. ¿Qué en los ricos? Casi todo el presupuesto de gastos. Véase lo que invierte en el pago de los enormes intereses de la Deuda pública y en el de los sueldos de las diversas gentes de armas constituidas en defensa de la propiedad inmueble.

¿Qué no hay plebeyos! Todos los que trabajan y sudan constituyen una casta inferior que se mira con menosprecio. Se los tutea, aun siendo ancianos, por mozos imberbes. Tú por tú llaman los amos á sus sirvientes, los maestros á sus trabajadores, los oficiales á sus soldados, los que van por cafés y fondas á los camareros. Averguézase el rico de ir públicamente con los hombres de mandil ó blusa, y aun cuando los estima, los mantiene á cierta distancia. No les da entrada en sus salones; procura cerrarles los de los teatros, y hasta alejarlos de sus paseos.

Tan notable es la diferencia entre plebeyos y patricios, que se da el nombre de matrimonios desiguales á los que los unos con los otros celebran. Duélese el patricio de que sus hijos se enamoren de plebeyos, y emplean hasta la coacción y la violencia para impedir que con ellos casen. Un patricio que se despose con una criada ó con una trabajadora, ¿no es verdad que hace todavía un acto de heroísmo? Se lo aplauden los de abajo; los de arriba se lo censuran. Se lo censuran, sobre todo, sus deudos.

¡Ay! Si fuera cierto que no existiesen ya diferencias entre patricios y plebeyos, ¡qué de males nos ahorramos! Luchas sin cuento que vislumbramos en no muy remotos días; conmociones bruscas, que tal vez vuelvan la sociedad de abajo arriba, y, por de pronto, interrumpen los

progresos materiales de que nos envanecemos.

Ciego el Estado, juega con la ilusión de que todos los ciudadanos somos ya iguales: la tremenda ciudadanía que aún existe desatará un día las furias.

F. PI Y MARGALL.

Bocetos á la pluma

MIRABEAU

Hijo de una época tormentosa y condensado en su enérgica individualidad, todas las grandezas y pequeñeces de una Revolución que tanto influyera en el porvenir del mundo, Mirabeau parece haber nacido para deslumbrar con los fulgores de su arrebatadora elocuencia aquella Asamblea Nacional, de cuyo turbulento seno debían surgir, en peregrino contraste, tanta luz y tanta sombra.

Como ninguna otra figura de la Revolución, personifica Mirabeau la terrible sacudida de un pueblo, ávido de libertad, que, al romper sus cadenas, como mar sin riberas, todo lo invade, metamorfosea y destruye; y en aquel rostro, succionado por los vestigios de traidora enfermedad, relampagueaba sin cesar con vivisimos fulgores el genio, siempre que el fuego de la elocuencia arrebolaba su alma, apasionada y ardiente. Sus primeras y fogosas arengas, encaminadas á combatir á la nobleza y sus privilegios, le valieron las simpatías decididas del pueblo, que viera en él al defensor de sus hollados derechos; y como tributo de ese mismo pueblo, abogando por la suerte del débil y del oprimido, su palabra avasalladora, su imaginación vivísima, le hicieron en poco tiempo, grande, admirable, en aquella Francia que, al derrocar á la vieja monarquía, tendiera, sin conseguirlo, á la consecución de la brillante y suspirada conquista, de la igualdad y del derecho para los pueblos.

Nada diremos de Luis XVI y María Antonieta, ilustres víctimas, que expiaron más que propios, ajenos errores, de los cuales les hiciera responsables un pueblo, tantas veces vejado, que al llegar al paroxismo de su enojo, arrollara cuanto se opusiera á su fiebre destructora; ocupémonos sólo de Mirabeau, para hacer constar que aquel ser, verdaderamente extraordinario, destinado á pasar á la historia, no sólo en concepto de gran orador, sino de insigne patriota, murió odiado por los mismos que en principio se sintieron deslumbrados por la magia de su arrebatadora palabra.

Fuerza es decirlo; el amor, esa eterna ley á que se rinden, en mayor ó menor grado, todas las criaturas, influyera también grandemente en la vida de Mirabeau, sin duda porque el amor rara vez deja de vibrar en las almas bien templadas, y su pasión loca, culpable, por Sofía de Ruffey, hizo que allá en los albores de su juventud se viese precisado á emigrar á Holanda, donde, al lado de la mujer adorada y disfrutando de apacible reposo, escribiera inolvidables páginas sobre política y literatura, hijas de un espíritu activo y sereno, que busca en esfera práctica y sobsegada el soñado perfeccionamiento humano. Poco durara, sin embargo, aquella vida tranquila, aquel amable destierro donde encontrara Mirabeau el pálido reflejo de la dicha; prisionero después, á raíz de su extradición, en Vincennes, y ansioso de hallar en su cautiverio lo que antes solicitara de la libertad, actividades para su fogoso espíritu, escribiera febricitante, contrariado, aquella inapreciable *Colección de cartas*, rebosando vida, originalidad, vehemencia infinita, que tan á maravilla retratan el alma del tribuno, sus pasiones de hombre, sus arranques de niño, su avasalladora elocuencia desbordando en un mundo de ideas y de ensueños. Perseguido más tarde por su mujer, que le acusaba de adulterio, herido en lo íntimo de sus sentimientos y deseando defenderse sólo, lo hizo con tan extraordinaria y convincente elocuencia, que su querrela conyugal alcanzara increíble resonancia en su patria, entregándose, después á que se hubo dictado sentencia, á la diplomacia en la corte de Prusia, donde su figura política empezó á destacar con vigoroso relieve en el turbulento cuadro de los acontecimientos. Una vez iniciado en los altos misterios de la política y de la diplomacia, la convocatoria de los Estados Generales ofreciera digno escenario á su potente genio, y un sentimiento de orgullo personal lastimado, al ver que le rechazara la nobleza de la Provenza cuando quería presentarse como su candidato, resolvió á abrazar la causa del pueblo, defendida por él con brillantes acentos y poderoso empuje. De entonces datan sus principales anatemas dirigidos á las clases privilegiadas, á las cuales él mismo pertenecía; y como la defensa del débil es siempre simpática, y los recursos de su talento para combatir á sus adversarios eran infinitos, creció en fama y en popularidad de tal suerte, que con idénticas aspiraciones, la Provenza, Marsella y Aix, quisieron que fuese su representante en la Asamblea, optando el tribuno por representar á Aix. En aquella época y bajo su directa iniciativa, fundóse el *Diario de los Estados Generales*, vieron la pública luz sus *Cartas á mis comitentes*, y después *El Correo de Provenza*, pañuelo abierto á sus energías, donde se retrataba valientemente su personalidad moral.

Día memorable en la vida de Mirabeau fué aquel en que, de pie ante la Asamblea indecisa y vacilante, apostrofó á Dreux Breze, diciendo que los representantes del pueblo, sólo cediendo á la fuerza de las armas abandonarían su sitio, en la Asamblea.

La elocuente palabra del tribuno, su enérgico apóstrofo, decidió la inviolabilidad del diputado, y el pueblo francés, en su entusiasmo, le

aclamara agradecido, como el primer orador de su tiempo.

A medida que el entusiasmo popular crecía, por reflejar Mirabeau todas las aspiraciones de su patria, convirtiéndose en ídolo de las muchedumbres, en infalible oráculo del pueblo, nadie hubiera sospechado por lo más remoto, que el batallador tribuno vendiera al fin la causa á su talento confiada y á la que debía tan imperecederos triunfos.

Así fué en efecto: cediendo á inexcrutables fatalidades del destino, aquella palabra hermosa, elocuente, arrebatadora, aquella inteligencia enamorada de los grandes ideales, aquellos acentos, dignos de Graco y de Cicerón, hubo un día en que se doblegaron á la influencia del oro, y al hacerse realista Mirabeau, apostatando de su pasado, las masas populares, que con tan manifiesta imprudencia halagara, volviéronse airadas contra él, entablándose nueva lucha, enconado combate, en el cual el gigante se crecía, hasta el punto de que, mientras por las calles de París circulaba una hoja titulada *La traición de Mirabeau*, el gran tribuno, como león herido que se revuelve con fiereza, decía en la Asamblea, con el enérgico y avasallador acento que le era peculiar:

—No necesitaba yo de esta lección para saber que media escasa distancia del Capitolio á la Roca Tarpeya.

Con todo, y apesar de cuanto respecto á Mirabeau se decía, la Asamblea, siempre pendiente de su mágica palabra, decretó cuanto quiso el tribuno, dócil esclava de sus caprichos, y de continuo deslumbrada por el genio de aquel titán que todo lo dominaba desde las cumbres de su irresistible elocuencia.

El rudo trabajo á que se hallaba sujeto, y excesos de todo género quebrantaron bien pronto aquella atlética constitución; pero grande en todo, contempló frente á frente á la muerte, sin perder un ápice de su serenidad; y el pueblo, siempre impresionable y vehemente, al saber que se moría; aquel mismo pueblo, al que había vendido, sintió el profundo dolor que causa la muerte de un hombre grande, aun en sus errores, y por decreto de la Asamblea la iglesia de Santa Genoveva, transformada en panteón francés, recibió sus restos, que ciertamente estaban destinados á no encontrar reposo, ni aun allí, porque apenas el pueblo tuvo pruebas fehacientes de la venta de Mirabeau á los realistas, corrió iracundo al panteón, de donde fueron proscritos sus restos, para que cedieran plaza á los de Marat, coronando ese trágico suceso la agitada vida de aquel tribuno, de tan excepcionales facultades, una de las más grandes figuras que descollaron en la Revolución francesa, y que parecía destinado á disfrutar por entero los merecidos dones de la posteridad y de la fama.

Diferentes escritores y políticos han juzgado con detenimiento á Mirabeau; nosotros no hemos hecho más que delinear vagamente su perfil entre esplendores y sombras; pero Víctor Hugo, con hermosa y gráfica frase, sintetiza el juicio que merece á los tiempos modernos aquel gigante de la elocuencia:

«Mirabeau no es un hombre—dice el gran poeta—no es tampoco un pueblo: es un acontecimiento que habla. ¡Un acontecimiento muy grande! La caída de la monarquía en Francia.»

Así fuera en efecto; y como sucede á menudo con las organizaciones privilegiadas, en Mirabeau se retratan todas las luchas y las indecisiones de su época, fecunda en turbulencias, en errores, en grandes virtudes y nefandos crímenes; pues como su palabra brillante y fogosa, pero inspirada en contradictorios ideales, era aquel pueblo, á momentos severo y vengador, con mezcla de fanático é injusto, que al salpicar de sangre inocente la bandera imaculada de la libertad, parece que quiso dejar consignadas en la historia las tristes deficiencias humanas, nunca á la altura de los grandes acontecimientos que impone el variado curso de los días.

JOSEFINA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

De actualidad

LA PESTE EN GLASGOW

Existe fundada alarma con la presentación y recrudescimiento de la peste bubónica durante estos tres últimos días en Glasgow.

Todos los gobiernos toman las medidas de precaución necesarias para cortar el contagio.

En nuestra ciudad, la dirección marítima del puerto parece ha dictado con tal motivo las medidas convenientes.

CAMPAÑA DEL TRANSWAAL

Continúa para los ingleses la serie de funestas derrotas que se iniciaron, apenas posesionado el generalísimo Roberts, de las principales ciudades del territorio.

En escaramuzas y combates diarios, las fuerzas de Albión pierden constantemente hombres y bagajes.

Las últimas noticias ponen de manifiesto un nuevo descarrilamiento hecho por los boers con gran fortuna, para cortar el paso á los ingleses, y además la toma de los distintos caminos que conducen á Lydenburgo.

CHINA

Siguen su curso los desórdenes interiores.

No han llegado todavía á un acuerdo las potencias aliadas respecto de la evacuación. Todas desconfían de la actitud de Inglaterra, que ha demostrado planes de conquista y marcadas iniciativas de buscar por sí sola arreglo con los beligerantes chinos de ambas fracciones.

FILIPINOS Y VANQUIS

La protesta de los elementos indígenas contra los deseos de dominación de los americanos es cada día más vigorosa.

El representante del gobierno revolucionario filipino en París, Agoncillo, ha circulado estos días á la prensa y centros políticos una nota en que se consignan los últimos combates librados por los tagalos y la nueva afirmación de su independencia.

Los publicistas extranjeros y la diplomacia canchillesca declaran que están expuestos á graves contingencias los hombres de gobierno en los Estados Unidos si persisten en la actitud adoptada por Mac Kinley en esta guerra que no lleva trazas de terminar.

EXPOSICIÓN

Otra de las novedades en el gran concierto que se celebra en París, ha sido la reciente apertura de la *Exposición Filatélica internacional*.

A ella han concurrido, además del elemento oficial francés, un número importantísimo de coleccionistas de todo el mundo.

Consta la exposición de más de 700 cuadros y 150 vitrinas, en los cuales están expuestos sellos por valor calculado en dos millones de francos.

EL FAMOSO VIAJE

Nuestras instituciones siguen educándose por las costas, y Silvela sigue también obteniendo sinceras muestras de afecto, tanto, que ha habido que suspender el banquete que en honor del almirante preparaba el Ayuntamiento del Ferrol, á causa de hondas disidencias surgidas, las cuales anunciaban que el agasajo oficial iba en terminar á bronca de calle.

ROMERO

Otra vez está en danza este agitador, acreditado equilibrista del circo monárquico.

Llega á Madrid y hace correr el anuncio de un próximo discurso que pronunciará en su tertulia. Por tan *avos* proclama, los bobos corporales dicen con toda frescura en sus partes á provincias; «Se han tomado precauciones.» ¡Oh!!

YA..... HABLÓ

La prensa fusionista viene toda llena de alegría y alborozo porque Sagasta rompió su mutismo.

No transcribimos sus declaraciones porque son una serie de tonterías.

Los tan acostumbrados paños calientes de... ¿que sí?... ¿que no?... etc.

Todos, al juzgar las frases de D. Práxedes, reconocen que el frío de los años le ha hecho tan cauto, que se le han apagado los ardores bélicos.

Tomará el poder cuando se lo den. No tiene impaciencias y demuestra que él y Silvela se entienden para no crear conflictos á la Corona.

¡La hora oficial!

Juanito y Laura se amaban; eran jóvenes, algo románticos y de temperamento nervioso.

Juanito gozaba de una plaza de escribiente en las oficinas de Hacienda, y los cuatro mil reales anuales que por clasificación le correspondían sufrían la mermas de cédula, descuento y el obligado pelizco del pequeño óbolo para el regalo en el día del santo del señor Delegado.

Los diez reales y céntimos de real que diariamente debía percibir como empleado del Estado se reducían á nueve mal contados, y con tan exíguo jornal el hombre tenía que atender á su manutención, vestirse, calzarse y aun permitirse el lujo de llevar á su Laura adorada algún que otro ramito de lilas, pensamientos, rosas ó cualquiera otra variedad de flores de las que se recogían en la huerta de jardines, según la estación.

Juanito no vivía en este mundo. Su Laura lo llenaba todo, y allá en la oficina se escaba su pensamiento en busca de la suspirada dueña de sus amores, asaltábanle en el lecho mil ensueños de amor y ventura; y tales eran sus abstracciones, que ni echaba de ver que el chocolate que le servía la patrona era una calumnia al cacao, y los garbanzos una especie de virtudes comprimidas, sin más compañía que la de unas flácidas piltrafas y alguna lámina sutil de amarillento y rancio tocino.

Al principio sus amores se deslizaban dulcemente.

En el paseo se acercaba á su Laura, charlaban por los codos, hacían mil resueños proyectados y se deslizaban las horas hablando y cuchicheando.

En la oficina escribía á Laura; más de un trepe del jefe le costó á Juanito la amorosa correspondencia; pero el hombre todo lo sufría por ella, pues para ella vivía, más alimentado de amor que de otras cosas más sustanciosas y nutritivas.

Laura amaba y su fantasía volaba también muy lejos de la prosa de la vida, hasta que un día el autor de sus noches hubo de llamarla á capítulo, y sin más orden ni andarse por las ramas, la dijo en seco:

—He observado que ese chupatintas de Ju-